


1994

Hermandad de Auroros
Nuestra Señora del
Rosario de Santa Cruz

Francisco J. Fores
Arroyuelo



[LOS AUROROS MURCIANOS, RITO Y AFIRMACIÓN CULTURAL]

Si nos preguntamos por *el significado que los auroros murcianos* tienen en los últimos años del siglo XX, en primer lugar, la única respuesta posible ha de ser que ***es un hecho plenamente religioso***, tal como lo fue en su origen y como los continuó siendo a lo largo de los siglos que median con el que vivimos, aunque debemos añadir muy pronto que su misma existencia en nuestros días, de manera implícita, conlleva una adaptación en múltiples aspectos a una formas de vida que son ajenas a aquellas que le dieron origen y en las que se ha venido desarrollando.

Si nos preguntamos por **el significado que los auroros murcianos** tienen en los últimos años del siglo XX, en primer lugar, la única respuesta posible ha de ser que **es un hecho plenamente religioso**, tal como lo fue en su origen y como lo continuó siendo a lo largo de los siglos que median con el que vivimos, aunque debamos añadir muy pronto que su misma existencia en nuestros días, de manera implícita, conlleva una adaptación en múltiples aspectos a una forma de vida que son ajenas a aquellas que le dieron origen y en las que se ha venido desarrollando.

2

Puede ser que a algunas personas, amantes de la presencia de los auroros como muestra significativa y definidora de una tradición cultural caracterizadora de una época pasada, y también por ellos añorada, los contemplen como un cuerpo perteneciente a una larga serie de vestigios propios de lo que se ha entendido como caracterizadores de las maneras y formas de vida tradicional, y como tal sea un cuerpo enquistado en una serie de normas que la hacen impermeable a la influencia de las nuevas maneras que en numerosos aspectos imponen los tiempos. Para estas personas la vida tradicional es vista como ajustada a un sentido de la tradición dentro de una fórmula cerrada a la que se debe permanecer fiel, y por lo tanto ha de perpetuarse de manera inalterable, a los principios que estuvieron vigentes en el momento de su creación.

Sin embargo, para que un rito perviva en el tiempo, independientemente que permanezca unido a su significado inicial, como sucede este caso, o no lo esté, como ocurre en otros muchos que fueron olvidados en un momento dado, como encontramos con frecuencia que sucede en muchas fiestas, es necesario que se de una larga serie de condiciones que lo conforten. En la sociedad occidental, en la que desde hace más de dos siglos se han sucedido continuas novedades materiales, colectivas e individuales, auspiciadas por el desarrollo de la industria de bienes de consumo y la aplicación de nuevas energías, y también en la concepción del puesto que ha de ocupar el hombre en ella, las formas de vida que eran tenidas como básicas en el devenir de ella, tanto espirituales como materiales, tanto individuales como colectivas, en gran número, terminaron siendo relegadas y hasta rechazadas para caer más adelante en el olvido, mientras que otras, sobre todo en medios rurales, permanecieron prácticamente enquistadas, para pasar, más adelante, a ser tenidas como caracterizadoras de un pasado globalizador. Dentro de este cuerpo abigarrado de comportamientos que comprende lo que, desde una perspectiva procurada por el tiempo, se ha llamado cultura popular, deben destacarse aquellos que pertenecen a los que se amparan dentro de la religiosidad y que forman un conjunto que abarca las más distintas manifestaciones, desde las supersticiones hasta romerías y procesiones, pasando por la creencia y el sentimiento de presencia de lo sobrenatural en la vida cotidiana, la utilización de símbolos y el rezo de oraciones, ... lo que hace que sea vista en unas ocasiones como restos de creencias y prácticas pertenecientes a rituales religiosos que han precedido a la actual y que han sido integrados en ella de mejor o peor manera, incluso rozando la heterodoxia. Así, para algunos pensadores e historiadores, creo que equivocadamente al dejarse llevar de sentimientos personales y de un falso ajuste en su conceptualización por desconocer lo que es en sí y lo que representa el hecho religioso y el hecho eclesial, cabría hablar de una religión tildada de oficial (?), que aparecería en situación contraria a otra motejada de popular en la que su credo y formalidades rituales se habrían asimilado desde una ignorancia que le era propia al pueblo, sin tener en cuenta que la religiosidad popular, como conjunto de creencias y prácticas, diferentes o semejantes según las etapas que se han sucedido en el tiempo, en relación con las propias de la institución eclesial, forman al final un conjunto estructurado y activo que se integra en un sistema más amplio que hemos de comprenderlo como cultural y definidor. **Los auroros de Murcia o Cofradía de Nuestra Señora del Rosario**, y por extensión de otras advocaciones, sin duda alguna, pertenecen en su origen, como manifestación religiosa, a lo que podemos entender como uno de los medios creados por determinada orden religiosa para hacer que la masa popular participase de la práctica de la oración, y como tal se canalizó por medio de las parroquias, de los conventos y de los gremios, verdaderos vínculos sociales de los hombres del pueblo con la iglesia a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, dentro de las directrices emanadas del Concilio de Trento, y se manifestó por estar así dispuesto en sus estatutos a ciertas horas de la jornada, cuando la oscuridad de la noche iba en busca de la claridad del alba. Después vino el acoplamiento de esa oración a determinadas formas de salmodia que algunos investigadores

han querido ver, incluso, como bizantinas o como judías tal como se practicaban en la sinagoga de Babilonia, aunque a decir verdad, se sabe muy poco de todo ello, ya que **parece más probable que sean cánticos populares**, semejantes a los de otros lugares mediterráneos, de Córcega, Sicilia, Grecia, ...- como **las chamergas o coros de voces superpuestas** de las que nos hablan algunos cancioneros también de los siglos XVI y XVII y que han quedado unidas a la manifestación de los auroros de otras regiones españolas como Extremadura, Navarra, ...

En otra ocasión expuse algunas de las vicisitudes de la aurora murciana en el pasado y las características religiosas y musicales de su ritual (1), hoy nos acercamos a ella para analizar desde la perspectiva que nos ofrece su pervivencia en el tiempo, sobre todo en el momento actual, donde su aparición es contemplada por algunos como un anacronismo que debe ser tenido en cuenta, únicamente, como una curiosidad folklórica. Y sin duda alguna es cierto que la presencia de los auroros en una despierta de Navidad, en el cementerio de Jesús el día de Todos los Santos, o en la puerta de la iglesia de Jesús en la tarde del Jueves Santo,... es también un motivo folklórico, plenamente folklórico, pero eso lo es si se la mira solamente desde fuera y con la consideración de un resto cultural por una persona que hace distinción historicista entre los diversos elementos sociales que conforman el presente. Desde dentro, desde el hombre que participa del ritual, el resultado es completamente diferente ya que para él, participar de estos actos es, en primer lugar, hacerlo en un acto religioso en el que dicen, como sucedía anteriormente, por medio de cantos, una oración, y como tal acto religioso participan en la doble perspectiva de lo íntimo y de lo público. Por lo tanto es legítimo que nos preguntemos por la serie de circunstancias que concurren en los auroros para que continúen presentes en una sociedad como la murciana de 1994 que se aleja con rapidez de unas formas de vida que han quedado relegadas a la memoria del historiador o del curioso del pasado.

Si hablamos con alguno de los miembros que componen las diferentes campanas que quedan en las pedanías de la huerta, pronto nos dirán que ahora, lo que sucede, es que las cosas no son como antes, como en su juventud, pues entonces la vida, en la casa, en el trabajo, en las relaciones sociales, ... quedaban circunscritas a un área muy pequeña y en la que la parroquia, como lugar de reunión, jugaba un papel principal. Y por lo tanto, para ser auroro, había que pertenecer, después de haber sido admitido tras un pequeño examen en el que era decisivo el hecho de su relación con los actos religiosos de la parroquia y de llevar un comportamiento alejado de cualquier escándalo en la vida social.

La decadencia de los auroros en la huerta murciana se inició de manera manifiesta durante el primer tercio del siglo XX, de manera que ya, antes de la guerra del 36, algunas campanas habían dejado sus actividades, y el carácter cerrado de las Cofradías, con sus salidas y rondas por los caminos de la huerta durante las noches fijadas de manera rigurosa en un calendario, fue cambiando poco a poco, hasta el punto de que las despiertas pasaron a celebrarse solamente durante algunas fechas determinadas.

Y es aquí, en esta situación, cuando unos hombres deciden continuar celebrando y practicando un ritual, en este caso religioso, digo una vez más, que viene repitiéndose desde épocas lejanas y que parece que es visto como impropio de una manera de vivir que se va imponiendo gradualmente cuando aparece el problema en toda su intensidad. Por qué estos hombres toman esta decisión de continuar practicándolo.

La respuesta debemos buscarla en el ritual mismo pues en él, en su práctica, ha habido una mutación que a su vez ha determinado una nueva valoración. Esta mutación ha hecho que el ritual religioso adquiera además un valor emocional que hasta ese momento quedaba aparte, sin ejercer una incidencia determinante. Pero al decir esto, **al hablar del valor emocional de un rito**, nos estamos adentrando en un campo sumamente complejo que a su vez se contrapone a las teorías elaboradas por muchos antropólogos sobre el rito, como **Durkheim, Radcliffe-Brown, Evans-Pritchard, Firth, Gluckman, Leach, Turner**, y otros, en las que este queda establecido para mostrar las funciones sociales y, en su consecuencia, contribuye a sostener y consolidar el sistema de valores por los que se rige una sociedad. El rito, sostenido sobre un valor emocional, ha sido visto por **Freud** en íntima relación con los síntomas obsesivos de las neurosis, mientras que **Malinowski** entendió que el rito sirve siempre para aminorar el estado agónico en que vive una persona que se siente amenazada por una calamidad que puede afectarle. Otro antropólogo, en nuestros días, como **F.J. Scheff**, ha

interpretado el rito desde la catarsis al contemplar que la práctica de un ritual conlleva siempre la reconstrucción de un proceso o representación que al final permite su resolución, o lo que es lo mismo que entender que el rito consiste, sobre todo, en un tratamiento institucionalizado de la emoción que se lleva a cabo sobre diversos pasos, tales como la evocación del estado emotivo anterior, la mediación cultural que jugaría el papel de facilitar el distanciamiento psicológico de recuerdo en el sujeto y una posterior descarga de la tensión (2).

Según esto, los ritos emocionales, como el que en la actualidad celebran los auroros murcianos, nos evidencian la relatividad que porta en sí la idea de la contemporaneidad. Como principio establecido, en numerosas ocasiones oímos decir que cada hombre pertenece a la época en que se vive, pero nada hay más equívoco que esto pues es evidente que cada hombre siente y comprende la realidad del presente desde una sensibilidad y una mentalidad que le es propia, lo que al final hace que sus creencias y sus sentimientos marquen una individualidad que a su vez se integra en la manera de vivir de una sociedad sobre otros muchos elementos que actúan como integradores. Cada hombre tiene su tiempo individual y a la vez es partícipe de un tiempo globalizador.

Ultimamente, en las diferentes campanas de auroros, para poder continuar con sus prácticas, han llegado a admitir entre sus miembros a mujeres con lo que se rompía algo más que una tradición ya que ello representa un elemento distorsionador desde el punto de vista musical respecto a cómo se han venido diciendo sus cantos. Y nuevamente debemos de preguntarnos por el significado de este nuevo cambio que hace muy poco tiempo hubiera sido impensable, y no porque hubiera un misoginismo manifiesto, sino porque transformaba de manera rotunda, como hemos apuntado, el rito en su musicalidad, algo que debemos ver como su clave.

Y la respuesta no puede ser otra que la que nos procura el lado emocional que hoy es necesario, para su pervivencia, que concurra en este rito. Los auroros de la huerta de Murcia son hombres pertenecientes a una cultura popular que ha venido tomando forma a lo largo del tiempo, y en la que el ritual de los auroros era una manifestación más. Después, con la transformación de las maneras de vivir que se han sucedido a lo largo de decenas de años y que en los últimos se ha precipitado, **el rito de los auroros ha pasado a ser una referencia superviviente de un mundo perdido en el tiempo**. Sus integrantes, al continuarlo, han realizado un acto de afirmación cultural que a su vez supone un distanciamiento de las nuevas maneras de vida que parecen envolverlo todo.

Ello hace que la aurora murciana, en los últimos años del siglo XX, sea algo más que un ritual que debe ser visto como un resto de un pasado más o menos lejano, pues también es una manera de decir en un presente desde ese presente. Sin duda alguna serán muchas las personas que observarán y analizarán la presencia de la aurora del mismo modo que se mira y estudia una pieza perteneciente a una cultura desaparecida que se muestra tras los cristales protectores de la vitrina de un museo, pero, también, aunque seamos muchos menos, hay quienes nos acercamos a estos hombres cuando cantan sus salves en determinados momentos o cuando están ensayando en lugares diferentes de los salones parroquiales, o en ellos, para contemplarlos como un resto vivo del pasado y un acto de afirmación desde el día de hoy. Para los primeros, estamos ante un anacronismo que debe ser observado, estudiado y calificado, y para los segundos estamos ante un fenómeno que no es menos importante por el que vemos cómo unos hombres se aferran a unos ritos para mostrarlos con viveza en el día de hoy, con lo que el anacronismo ni tan siquiera llega a insinuarse.

La etnografía tiene como función recoger los numerosos hechos y manifestaciones sociales que aparecen como significativos y definidores de un mundo en continuo cambio en un momento en el que muchos de ellos aparecen como periclitados, y en su consecuencia de que corren el peligro de su desaparición al quedar apartados por las formas emergentes que cuentan con elementos tan desintegradores como la televisión y la imposición de maneras propias de otras culturas y economías, pero junto a todo ello, el etnógrafo debe anotar todos estos matices que hacen posible que muchas manifestaciones culturales pervivan. El caso de los auroros murcianos es uno de ellos, y como tal lo reseñamos. La etnografía, en una cultura como las pertenecientes al mundo occidental, también ha de tratar de ver que la estructura simbólica de las prácticas rituales debe ser observada desde un equilibrio contrapesado entre

lo afectivo y el conocimiento objetivo, entre lo que aporta el pasado y lo que evidencia el presente, aunque sea lo que aparece como más indefinido.

En los auroros de la huerta de Murcia, como en otras prácticas y ritos populares, hay una voluntad de pervivencia de un mundo que considera que no debe desaparecer, entre otras razones porque para ellos es el único que les permite estar en el mundo y no verse desplazados a una nada que gira en torno a ellos, con unas comodidades y apariencias de ellas que muchas veces son incomprensibles.

Frente a un mundo unificador en todo, material y espiritual, según queda establecido por los nuevos dictados que imponen los medios del pensamiento de la economía dominante, en formas de comer, de vestir, de gozar y sufrir, y hasta de morir, el etnógrafo debe de anotar en su trabajo de observador de la realidad popular que se va diluyendo la presencia de esta voluntad de permanecer que se manifiesta en los aspectos emocionales de los ritos, como queda de manera manifiesta en el que practican, todavía, en determinados días los auroros murcianos

NOTAS:

(1) Francisco J. FLORES ARROYUELO, "Los auroros de la Huerta de Murcia" en V.V.A.A. Los auroros en la Región de Murcia. Editora Regional de Murcia, 1993, pág 53 y ss.

(2) F.J. Scheff, **Catharsis in Healing, Ritual, and Drama**, Berkeley, 1979. (Hay traducción al español, con el título La catarsis en la curación, el rito y el drama, México, 1986.